

//Reseñas//



***La vida ausente***

Gabriel Bellomo

Tusquets

2019

**Máximo Hernán Mena<sup>1</sup>**

Recepción: 15 de octubre de 2019 // Aprobación: 5 de noviembre de 2019

La publicación de *La vida ausente* plasma el ingreso de Gabriel Bellomo al catálogo de la prestigiosa editorial Tusquets y el regreso del escritor al género novelístico luego de la más reciente *Cita en Rabat* (Alción, 2017). La obra de Bellomo se sostiene en el género narrativo, con libros de cuentos como *Historias con nombre propio* (1994), *Olvidar a Marina* (1995), *Marea negra* (2001), el imprescindible volumen de *Formas transitorias* (2005, Simurg) –que obtuvo el Premio Fondo Nacional de las Artes–, y *El silencio de las abejas* (2013, Paradiso). Por su parte, en el género novelístico ha construido una obra consistente integrada por *El ilusionista* (2006, Tántalia), *El informe de Egan* (2007, Mondadori) –que también obtuvo un Premio del Fondo Nacional de las Artes–, *El médano* (2010, Paradiso) y *Mapas* (2012, Paradiso). En este corpus ficcional, y de acuerdo a lo que el mismo Bellomo señaló en textos y entrevistas, no existen personajes que puedan ser calificados como secundarios, incluso algunos vuelven a aparecer en otros relatos o novelas –el fotógrafo de guerra Ignacio Trepát es una silueta clave en la obra de Bellomo–, acaso para insinuar que todos los personajes son formas “difusas” y que las geografías e historias tramadas se cruzarán con insistencia y nunca estarán cerradas del todo.

---

<sup>1</sup> Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Becario Postdoctoral CONICET en el INVELEC-UNT. Miembro del IILAC. E-mail: maxismena(arroba)hotmail.com

La memoria y el pasado de los personajes están contruidos como textos, tejidos que, a la manera de lo sucedido en el relato “Historia del Gueto de Varsovia”, es preciso compartir para mantener con vida. Sin embargo, se vislumbra en la obra de Bellomo, que el intento de escritura, de recordar y contar son fundamentales, pero, sin por ello (re)negar la densidad de los silencios. En este sentido, Jorge Consiglio señala en uno de los textos de la solapa que el silencio “insondable” es una clave de la escritura de Bellomo:

No se decía nada acerca de la guerra en las cartas. Nos callábamos como si así pudieramos evitar que sucediera lo que sabíamos que iba a suceder. (...) Yo tardé mucho en darme cuenta de que en las cartas que nos habíamos escrito había silencio. Un silencio pesado. Silencio y miedo. (Bellomo, 2005: 120-121)

Se podría decir que en *La vida ausente*, el viaje a Roma de Ana Vittorini y Mauro Gemignani, es –como reza una de las partes de la novela– una “Excursión a las ruinas”. Porque, al mismo tiempo que el viaje se torna para ellos en una huida del Buenos Aires de 1977, también es un regreso a la ciudad en la que fueron todo y donde perdieron irremisiblemente el futuro de sus vidas; la muerte del pequeño Bruno en la Roma de hace catorce años se convierte para siempre en una huella, en una cicatriz luminosa y triste en la piel del pasado: “es increíble, pero nunca antes lo pensó, no pensó en quién se hubiera convertido Bruno” (46). Es por ello que la interrogación que tal vez recorra la lectura de *Cita en Rabat* también se pueda vincular con la ficción de *La vida ausente*: ¿cómo es, cómo vive, cómo puede vivir un hombre/una mujer que lo ha perdido todo? La escena y la tragedia en las vidas de Ana y Mauro pone nuevamente en la espiral de la ficción, una serie clave que recorre la obra de Bellomo: el motivo de las pérdidas que atraviesan las relaciones de padres e hijos. Por citar dos ejemplos, como sucede luego de la muerte de Celina con el artificio y la ficción de su padre Juan Treml que opta por convertirse en un mago, en un otro (*El ilusionista*), o el modo en el que Javier Egan busca al padre como si fuera una forma sobreviviente del pasado que llega hasta él como una marea (*El informe de Egan*).

En la última novela de Bellomo, tanto Ana como Mauro son artistas, mientras ella procura retratar las luces de las formas, Mauro continúa escribiendo. Ambos inician juntos la travesía para afrontar la presentación del libro de Mauro editado en Italia y una invitación para que Ana exponga sus fotografías. Pero esa partida desde el Buenos Aires de la dictadura, funciona como un vértice, porque más que reunirlos, los aleja, porque ambos necesitan seguir con vida. Ya en Italia, el presente de unos se transforma en el pasado de los otros y así sucesos extraordinarios o trágicos en la vida de Ana y Mauro son parte de la rutina de los demás.

Para los personajes, “la ausencia es la búsqueda del presente” porque el vacío del pasado los arroja hacia adelante: “la desolación que causa tener que sobrevivir a nuestros seres amados” (130). Sin embargo, ese presente en Roma se convierte en una suerte de “ucronía” propuesta por la ficción de Bellomo: las hordas neo-fascistas se proponen iniciar una *Segunda marcha* sobre la ciudad. Por ello, acaso le asombre a Stefano –joven cercano a la nueva *resistencia*– (una suerte de doble podría ser el Dr. Meizi que apoya la resistencia marroquí) que muchos de sus compatriotas continúen con sus vidas solitarias, secas –a la manera de la obra de Graciliano Ramos–, ausentes frente a todo lo que sucede. Aparece –en consonancia con las preguntas que le hicieron al autor en varias entrevistas– lo *político*, porque la historia toca de cerca a los personajes. Pero no de una manera que termina ocupando el centro del relato, sino como un compás en sordina, como una atmósfera enrarecida, como si en *La vida ausente* un olor, un rostro o un sonido trajeran delicadamente desde muy lejos, granos de arena y silencio que se cuelan por todos los resquicios y en los cuerpos.